

Revista de la Facultad de Medicina

Volumen **47**
Volume

Número **2**
Number

Marzo-Abril **2004**
March-April

Artículo:

De máscaras y disfraces (Editorial)

Derechos reservados, Copyright © 2004:
Facultad de Medicina, UNAM

**Otras secciones de
este sitio:**

-  [Índice de este número](#)
-  [Más revistas](#)
-  [Búsqueda](#)

***Others sections in
this web site:***

-  [Contents of this number](#)
-  [More journals](#)
-  [Search](#)



Medigraphic.com

Editorial

De máscaras y disfraces

Manuel Quijano

En algún editorial de años pasados me ocupé del mimetismo en los animales (y en el hombre), diciendo que es una forma de la lucha por la vida; para engañar al agresor o para engañar a la posible presa; para disimularse y desaparecer o para anunciarse y parecer feroz y peligroso; camuflaje o intimidación. En el hombre existe también, ha existido desde siempre, con peculiaridades como la tendencia al disfraz, los tatuajes, el invento de mitos y el enigmático deseo de metamorfosis.

Se repite a menudo que la alquimia medieval es el embrión de la moderna ciencia química, pero Jung afirma que debe considerarse más bien como el embrión de la psicología porque el simbolismo alquímico –muy relacionado con la filosofía–, expresaba más bien el deseo de la transformación de la psique. La alquimia no era “retortas y crisoles”, se buscaba no oro sino la piedra filosofal. El secreto tras el cual andaban era la transformación de la personalidad mediante la unión de la conciencia y la inconsciencia, de las partes nobles e innobles del alma.

En la actualidad el camuflaje, el uso de máscaras y disfraces persiste en el sometimiento a la moda, la fascinación por un modelo a veces fantasioso que en ocasiones obliga a entrenamiento para hacerse de otra personalidad más convincente, empresario exitoso, atleta, izquierdista militante, artista de vanguardia, sabio –humilde o arrogante–, todo mediante cambios en el atuendo (travestismo), peinados bizarros o breve y airosa barba.

Estas reflexiones me han sido sugeridas por la visita a una exposición en el MUCA (Museo Universitario de Ciencias y Artes) titulada Máscaras, Rostros y Fantasía con bellos ejemplares de todas las partes del mundo, en diferentes materiales, utilizadas en ritos ceremoniales, en el teatro, en funerales o en ocasiones de gozo y juego como el carnaval. La humanidad ha usado la máscara desde antes que el arco y la flecha, el arpón, el arado o la palanca. Las comunidades más primitivas que se alimentaban de productos crudos y no cubrían ni sus genitales, recurrieron desde su inicio al adorno de su piel y sus cuerpos con tatuajes, pulseras, ajorcas... y máscaras. De hecho, el vestido debe haber nacido como prolongación de la faja de cuero o ramas vegetales que adornaba la cintura o servía para cargar las armas primitivas. Civilizaciones que han ignorado utensilios preciosos como la rueda pero han creado culturas notables, han igualmente utilizado ese acce-

sorio enigmático, la máscara. Ninguna otra útil invención, creencia, costumbre o institución puede considerarse más unificador o definitorio de la humanidad, más universal. ¿Y por qué?

Porque es el instrumento de una deseada metamorfosis, del éxtasis, del acercamiento a una divinidad, cruel o benefactora; la forma fácil de adquirir seguridad, firmeza y poder.

Me siento tentado a decir que los pueblos llegan a la historia y a la civilización cuando rechazan la máscara como vehículo de poder y la confinan a objeto de diversión en el carnaval, o en la fiesta civil o religiosa, o en el juego de niños... aunque siempre conserve un cierto poder de fascinar y de inquietar.

Nuevamente, ¿por qué? Porque la máscara es la supervivencia de mitos milenarios y de gestos de antiguos poderes mágicos. Al colocarse una máscara, el individuo se pone en comunicación con otro mundo y se convierte en un ser temible y superior; es partícipe del grupo de líderes, instrumento directo de fuerzas instintivas capaces de modificar la realidad humana. Al ponerse una máscara no pierde su propio ser pero se transforma en algo diferente. Las máscaras son vehículo de leyendas, de tradiciones, y también de sentimientos, pasiones o traumas de la historia, desde la lucha de moros y cristianos o la debilidad del cervatillo que huye, hasta la agresividad del tigre o la victoria sobre el diablo.

Disfrazado de viejito, perro tepescuintle o coyote, toma parte en las danzas de matachines o de catrines y se encanta en quemar a los judas-políticos el sábado de gloria; contemporáneamente los disfraces ridiculizan a políticos no queridos o a las terribles máquinas cibernéticas, cómplices de los que nos dominan. Porque si la máscara ha perdido su carácter mágico, ha adoptado una faceta teatral, carnavalesca; y además, se ha convertido en arte.

Imposible no reconocer la belleza de las máscaras teotihuacanas, de las griegas que representan la tragedia o la comedia, de las que empleaban en las saturnalias romanas del inicio del año, de las máscaras-casco de la edad media; de las máscaras funerarias africanas, o la muy conocida en fotografía, de oro, que cubrió el rostro de Tutankamen desde 1500 antes de Cristo. Y lo mismo puede decirse a propósito de las de madera actuales del Estado de Guerrero, de las de jade precolombinas, de las formadas con conchas marinas, las talladas en colmillos de jabalí, o que emplean la caparazón del armadillo.

Los informantes de Sahagún le describieron las tristes peripecias de Quetzalcóatl que un día nefasto, engañado por sus enemigos, se embriagó y cayó en tentaciones prohibidas. Al ver su propia imagen decrepita en un espejo, ordenó que pintaran su cuerpo, lo decoraran con plumas brillantes... y lo cubrieran con una máscara de turquesas para luego perderse en el oriente. Y ni qué decir de la máscara de oro de Xipe-Totec, hallada en Monte Albán, el dios desollado que debería ser el emblema de los psiquiatras, puesto que ellos desean desprender la piel de sus pacientes, sus resistencias, para exponer impudicamente su inconsciente.

Y ya que estamos en nuestro campo, reconozcamos que nosotros también usamos disfraces: la bata blanca, anteojos de aro grueso, estetoscopio al cuello, tal vez una pequeña barba

de candado alrededor del mentón o, puesto que ahora abunda el género femenino, el pelo corto o modosamente recogido en la nuca. Ello ayuda a la yuxtaposición de un carácter firme a la vez que comprensivo, suave y humano, útil para hacer obedecer nuestras prescripciones; un cambio de actitud, gracias al disfraz, que completa la ilusión. Enmascarados, los médicos todos, son atinados, honestos, sabios insospechables, inmaculados como su uniforme. Puede inclusive considerarse un ejemplo de sincretismo, como el religioso, en que ha ocurrido una integración geográfica y cultural que, por más que universal, conserva algunas peculiaridades regionales que dan un sello distintivo que nos agrada, además, por convertirse en una pequeña defensa contra la dominante globalización.